

ALBERTI ANTES DE ALBERTI

NO sé si las Memorias del poeta Rafael Alberti han sido muy leídas en la Península; sospecho que no. En cualquier caso, *La arboleda perdida*, publicada en Buenos Aires en 1959, es un libro que merece leerse y comentarse; y esto último sí que creo que no se ha llevado a efecto entre nosotros; al menos, desde el ángulo que este comentarista ha preferido: el de las vivencias religiosas de niñez y adolescencia del poeta de Puerto de Santa María. Como es natural, *La arboleda perdida* no es una autobiografía de vejez, escrita desde ese típico desvanecimiento del presente que experimentan las personas que se sienten como habiendo vivido ya todo lo deseable. Al contrario, en sus páginas el presente posee tanta fuerza que interrumpe constantemente la narración del pasado y le inyecta sus propias pasiones. Por cierto, es el mismo procedimiento que creo haber encontrado en otro relato de memorias, muy próximo por no escasas razones al de Alberti: *Memoria de la melancolía*, publicado en 1970 por María Teresa León, también en Buenos Aires. No es, pues, el de nuestro poeta un libro escrito con piedad; ni falta que le hacía, si se considera que su recordación es la de un pasado que tampoco la tuvo con el futuro y que prolongaría hasta nuestros mismos días sus estigmas: «Los abuelos habían sido cosecheros de vinos, grandes burgueses, propietarios de viñas y bodegas, católicos hasta la más estrafalaria locura y la más violenta tiranía. Ellos y otras cuantas familias poderosas eran, aún a principios de este siglo, los verdaderos amos del Puerto...» (pág. 14). Y peores aún fueron los innumerables tíos y tías, saliendo, de improviso, de los lugares más inesperados, siempre denunciando, siempre escrutando al niño con ojos malévolos, como éste habría de descubrir más tarde (págs. 15 y 16).

El relato de su primera comunión impresiona por su tremenda verdad infantil. El niño se obstinó en sus dos onzas de chocolate de todos los días, y a la buena de Paca Moy —la vieja mujer que le había visto nacer— no le quedó otro remedio que dárselas, acompañándolas de la advertencia culpabilizadora: «... ya sabes, niño, que a Dios se le recibe en ayunas». Leamos lo que sucedió: «... Eramos pocos. Unos cinco. Yo, quizá, el mayor de todos. Para dar ejemplo a los alumnos más chicos, oímos la Misa de rodillas, sin levantar los ojos del devocionario, cayendo a veces en una profunda meditación, que hacíamos más profunda apretándonos la nariz con el libro, hasta casi no poder respirar. La plática, a tono con

lo que una inteligencia de cura piensa que un pobre niño en ayunas puede comprender, debía ser larga y llena de necedades, porque empecé a olvidar que aquel era el día más feliz de cuantos me esperaban en el mundo, mientras un aburrimiento mezclado de hambre me hacía bostazar varias veces de manera poco edificante. Mas como por culpa del sermón ya no podía meditar, perdiendo el recurso de cubrir aquel abridero de boca con el devocionario, tuve que escoger un aire de niño impresionado por las palabras del sacerdote, encajando la cara entre las manos y tapándome con los pulgares los oídos. El hambre seguía cosquilleándome, subiéndome de los bolsillos por las mangas un aroma a chocolate verdaderamente satánico. Cuando al cabo de yo no sé qué tiempo el sacerdote terminaba su plática diciendo: "Y ahora, queridos niños, preparaos para recibir al Señor", mi mano izquierda, pretendiendo ignorar lo que ya la derecha acababa de hacer, se disponía a pelar de su papel de plata la segunda onza (sic; pero tiene que ser la primera), cuyo aroma informal se hacía cada vez más irresistible. De este sacrilegio, a pesar de los remordi-

descarga mediante el alejamiento, paulatino o súbito, de todo lo que tenga algo que ver con aquella imagen de Dios. El proceso es de sobra conocido para la psicología religiosa.

Para Rafael Alberti, como para tantos niños españoles, los aspectos atrayentes de lo religioso estuvieron encarnados por figuras femeninas; las monjas, imágenes de permanentes azules en las canciones de sus primeros libros (página 19), y sobre todo, en violento contraste con el resto de la familia, su madre: «Mi madre vivía sola casi siempre... Hija y hermana de católicos maníacos, locos beatos andaluces, era natural que buscara consuelo a sus soledades y tristezas en las Misas conventuales del Espíritu Santo, los cuchicheos monjiles a través de los recios pinchos de las clausuras, los Jueves Eucarísticos, la Orden Tercera y oraciones al toque de Animas por capillas oscuras, a las que solía llevarme... Lo bueno y bello de la fe religiosa de mi madre era la parte inocente, popular, de que estaba contaminada. Por eso hoy, en el recuerdo, no me hiere ni ofende, como sí la fea, rígida, sucia y desagradable beatería de otros miembros de mi

Francisco Pérez Gutiérrez

mientos que me espantaron el sueño durante muchas noches, no se enteró nadie. Jamás me acusó de él a confesor alguno. No sé si desde entonces he vivido en pecado mortal...» (páginas 17 y 18). Lo más probable es que Alberti, al recordar esta anécdota, la instalara serenamente en la distancia del pasado, seguro de su discontinuidad con el presente. No me parece que la sensibilidad de nuestro poeta se haya visto nunca visitada por ningún fantasma de culpabilidad subconsciente. Pero ello se habrá debido precisamente a haber conseguido desechar en el momento oportuno la causa engendradora de semejante fantasma: la idea de un Dios terriblemente irracional que exige que se le reciba en ayunas so pena de castigos infernales. En efecto, el sentimiento infantil de culpa, al adquirir determinada intensidad, conduce al silencio; el silencio a la acumulación de factores culpabilizadores; y ésta a una tensión que llega a hacerse intolerable, y lleva, tarde o temprano, a su

familia» (págs. 21 y 22). Como, por ejemplo, el tío Vicente, con su odio obsesivo por Voltaire y Zola, a pesar de su gracia y de su nacimiento navideño, si bien éste contrastara a su vez su extrañeza con el encanto del Belén de Federico, el viejo arrumador de las bodegas (pág. 30 y anteriores).

La evocación del rencoroso tío Vicente tiene la virtud de encorajinar a Alberti, por más que el mal humor no estorbe a la justicia con que escribe: «... lo que más preocupaba a toda mi familia era nuestra educación religiosa, nuestra formación en los principios más rígidos de la fe católica con todas sus molestísimas consecuencias. Preferían mis padres, tíos y demás parientes un buen recitado, sin tropiezo, de la Salvo o el Señor mío Jesucristo a una mediana demostración de lectura o escritura, cosas que posponían a las de la salvación del alma. Así, mi tío Javier, por ejemplo, a sus veintitantos años de edad conocía a la perfección todas las obligaciones del cristiano, mas durante

la Misa tomaba el devocionario del revés, frunciendo con recogido sufrimiento la frente analfabeta. De todos aquellos colegios andaluces... se salía solamente con la cabeza loca de Padrenuestros, pláticas terroríficas, y con tal cúmulo de faltas ortográficas e ignorancias tan grandes, que yo, aún a los veinte años, después de cinco ya en Madrid, me sonrojaba de vergüenza ante el saber elemental de un chiquito de once, alumno del Instituto Escuela o cualquier otro centro docente... Aunque en la actualidad deteste y odie el imbécil alarde antirreligioso, si no peor en su extremo, por lo menos tan desagradable e inculto como el más cerril de los beatos, quiero consignar una vez más en mi obra la repugnancia que siento por ese último espíritu católico español, reaccionario, salvaje, que nos entenebreció desde niños los azules del cielo...» (página 31).

Lo que a continuación escribe Alberti adolece quizá de una expresión insuficiente, si bien, en cualquier caso, envuelve un juicio extremadamente duro para el catolicismo posterior a la guerra civil, cuya cerrazón fuera la causa de que bastantes españoles, o bien no pudieran «liberarse» de él —teniendo como tenían derecho a hacerlo—, o bien acabasen por «ceder», aceptando unas apariencias dudosamente auténticas para sus muertes (páginas 31 y 32).

Los recuerdos de Alberti de su paso por el colegio de los Jesuitas de Puerto de Santa María vienen a enriquecer la ya larga serie de evocaciones literarias que la pedagogía jesuítica ha suscitado entre nosotros: Julio Cejador, Pérez de Ayala, Ortega, Juan Ramón Jiménez —alumno, por cierto, del mismo colegio que Alberti—, Castillo Puche... Sin la violencia ni la inmisericorde caricatura de Pérez de Ayala, las páginas de Alberti son, sin embargo, incisivas y crueles; la razón se apresura él mismo a ofrecerla: «... tuve que soportar... humillaciones y amarguras que hoy todavía me escuecen» (pág. 35). Naturalmente que hay amarguras que pertenecen, por desgracia, al acervo común: «Llegaba siempre casi dormido, pues las seis y media, noche cerrada en invierno, no es una hora muy agradable de oír Misa, comulgar y abrir luego, todavía en ayunas, un libro de aritmética» (pág. 36); pero hubo otras dos más graves y de perdurable penetración en la conciencia juvenil; por ejemplo, las provocadas por la discriminación social de que se hacía objeto a los alumnos externos gratuitos. Si se trataba de las famosas «dignidades», «el principa-

do, por lo general, lo alcanzaba únicamente algún hijo de aristócrata, cacique o propietario ricos, gente que siempre pudiera favorecer, de una manera u otra, a la Compañía. Los externos, debido sin duda a nuestra convenida condición de inferiores, no podíamos aspirar nunca a aquella dignidad; se nos permitía sólo conseguir los grados de brigadier, cuentero de pobres, edil y jefe de fila» (pág. 37). Los uniformes, los diplomas, las insignias, todo era diferente: «Estas grandes y pequeñas diferencias nos dolían muchísimo, barrenando en nosotros, según íbamos creciendo en sensibilidad y razón, un odio, que hoy sólo encuentro comparable a ese que los obreros sienten por sus patronos: es decir, un odio «de clase» (ibidem).

El juicio global que a Rafael Alberti le merece lo que pudiéramos llamar la espiritualidad jesuítica, resulta, se diría que deliberadamente, subjetivo y parcial; no se ha preocupado el poeta de dejarnos un análisis con pretensiones de veredicto inapelable; pero sí ha subrayado muy significativamente una impresión básica, que se nos presenta, por supuesto, como la formulación adulta de lo que el muchacho experimentó de forma predominantemente pasiva: aquella espiritualidad se caracterizaba por su empobrecimiento, por su decaimiento; era como una tierra venida a menos, esquilada, en la que las únicas plantas que podían crecer eran el hastío y las ganas de marcharse. Su evocación, en concreto, de los «tres pálidos adolescentes» que la Compañía proponía como ideales modelos a sus alumnos, no tiene nada de piadosa. Estanislao de Kostka «a juzgar por su aspecto en estampitas y esculturas, debía ser bastante tonto». En cuanto a Luis Gonzaga, «despertaba en nosotros cierta mezcla de admiración y oscuro sentimiento, muy explorable en aquella edad de precoces deseos ambiguos» (págs. 37 y 38).

No es menos lamentable la galería de profesoras que a continuación dibuja Alberti: ni un ademán admirativo, no ya para el saber, sino ni tampoco para la actitud personal de ninguno de aquellos Padres; tan sólo desprecio, alguna que otra alusión maliciosa a comportamientos ambiguos y un par de toques que envuelven una cierta simpatía. Alguien podría sugerir que Rafael Alberti escribe con apasionamiento; pero si al cabo de los años una evocación escolar, por apasionada que sea, no encierra siquiera respeto, tenemos derecho para suponer que el ambiente evo-

cado no lo merecía realmente. ¿Quién no recuerda el hondo respeto con que el viejo Renan hablaba de sus educadores del seminario, a lo largo de las distintas etapas de sus estudios eclesiásticos?

Hay una piedra de toque para calibrar el valor de una pedagogía religiosa: cuál es el enfoque que se da a la orientación sexual, y sabido es que en este particular, los jesuitas han venido teniendo bastante «mala prensa»: ahí está Peyrefitte y toda la literatura en torno a las «amistades particulares». El tema en cuestión no aparece en Alberti, quizá por haber sido éste tan sólo alumno externo, mientras que, como es cosa sabida, las tales «amistades» son planta de internado. Pero si nos encontramos con unas cuantas páginas —inevitables páginas—, en torno al descubrimiento de la sexualidad. El gran anteojo de un profesor había esplado a los chavales que dedicaban sus «rabonas» a iniciarse concienzudamente unos a otros al amparo de las dunas de la cercana playa, y debió de faltarle tiempo para la comunicación pertinente. Al día siguiente, llamada del padre espiritual: «... Estoy muy disgustado

contigo. ¡Si se enterara el pobrecito de tu tío Vicente, que es un santo! Lo que tú haces con esos otros diablos es uno de los pecados más graves que pueden cometer los niños. ¿Pensas que no lo sé? ¿El qué, padre?». Nada. Me avergüenza decirlo... Dios os ha visto. A ti especialmente... ¿Qué consigues con eso, niño? Disgustar a El y disgustarme a mí, únicamente. Porque no se trata sólo de un daño para el alma, sino de algo muy malo para el cuerpo. ¿Me prometes no hacerlo más? El padre Prefecto no lo sabe. Te expulsaría del colegio, si yo se lo dijera. ¿Me lo prometes? ¡Si el pobrecito de tu tío Vicente se enterara!...» (págs. 51 y 52). Impresiona una conversación como ésta, sin otro contenido que un error fisiológico y una fuerte dosis de chantaje paternalista-familiar-disciplinar, pero sin una sola motivación verdadera de cualquier orden, ni ético-religioso, ni higiénico, ni psicológico. Los efectos no podían ser otros que los que fueron en aquel caso, y han sido siempre, con regularidad de auténtica ley cósmica: un niño, «muerto de miedo», opta por callarse, y si le apremian, por mentir, que fue lo que hizo exactamente



Alberti, joven, por Gregorio Prieto.

el joven Rafael (págs. 54 y 56). Pero la vida se venga terriblemente de los que se obstinan en ignorarla: «¡La castidad! ¡La castidad! En aquella atmósfera de catolicismo loco y exageraciones beatas, ¿cómo no conservar en los ojos, llenos de espanto y a la vez de dulzura, la imagen fugaz de la hermana o la madre desnudándose, o de la prima y la hermana sorprendidas, de pronto, en la jira campestre...?» (pág. 55). Culpabilidad y obsesión sexual, acopladas para siempre, potenciándose la una a la otra, desvirtuándose recíprocamente: mal porvenir para una fe religiosa marcada con la enemistad por lo más prodigioso de la vida. La impetuosidad juvenil repite siempre el mismo gesto: tirar por la borda un lastre semejante; la fe, por supuesto; pero también la limpieza de la mirada. En los medios «católicos» se ha lamentado siempre la pérdida de esa fe; que se sepa, nunca en cambio se ha lamentado la persistencia del resentimiento frente a la vida suscitado por ella.

Unas páginas más adelante, Alberti nos cuenta cómo fue expulsado por fin del colegio, gracias a la purísima intención de una de sus innumerables tías, tía Titi, «infeliz beatona» que había sorprendido el delito del primer amor del muchacho. Siempre el mismo cerco de negrura y de trágico resentimiento en torno a la «Inocencia» —en el verdadero sentido del término— de un adolescente, ávido de respirar y de vivir; extrañas actividades, pecaminosas actividades a juicio de todas las «tías Titi» que hay en el mundo, aunque actividades que, según se dice —pero no parece que se crea—, han tenido a Dios por autor.

Los hombres escogemos con frecuencia aquella forma de vida que mejor expresa nuestra venganza de la existencia que pretendieron imponernos. La poesía puede así llegar a ser la reiteración de un canto prohibido; y ello no constituye ningún desmerecimiento; simplemente, encierra una explicación. Alberti tuvo también su manera personal de vengarse de una constelación familiar alucinada y una pedagogía religiosa parálitica: siendo el poeta de esa increíble y singularísima «teología» de sus ángeles y su Virgen del Carmen; poniendo luego su palabra —de indudable autenticidad— al servicio de aquella ola gigantesca que amenazaba con llevarse a los mismísimos infiernos a todo su universo de tíos y tías, beatos, fisgones y repulsivos. ■ F. P. G.